

FRANCISCO VEIGA, LEYLA HAMAD ZAHONERO E IGNACIO GUTIERREZ DE TERÁN (2014). *Yemen. La clave olvidada del mundo árabe.* Madrid: Alianza Editorial, 287 págs.

Yemen es un gran desconocido para el público español. Debe tenerse en cuenta que hablamos de un país con una extensión similar a la de Francia y que, además, es el más poblado de toda la Península Arábiga con cerca de 25 millones de habitantes. A pesar de que en el curso de la última década ha adquirido cierto protagonismo en la escena internacional a causa de la irrupción de Al-Qaeda en su territorio, las movilizaciones populares que provocaron la caída de Abdullah Saleh o la rebelión de los huzíes, Yemen sigue estando en un ángulo muerto para los medios de comunicación y, lo que es más preocupante, para la propia academia.

Una de las explicaciones posibles para explicar esta invisibilidad es su situación periférica con respecto a los grandes centros de decisión del mundo árabe, lo que le ha permitido preservar sus propias dinámicas políticas, económicas y sociales. Al contrario que los países de la cuenca sur mediterránea, que han mantenido una estrecha relación con Europa desde épocas remotas, Yemen ha limitado sus relaciones a su entorno inmediato: la Península Arábiga, el Cuerno de África y el Océano Índico. Solo en época tardía, en 1839, el Reino Unido se hizo con el control del puerto de Adén, indispensable para garantizar la seguridad de la ruta de la India.

Por esta razón, debemos felicitarnos por la aparición de este libro que trata de aportar las claves necesarias para comprender la reciente historia de Yemen. El principal propósito de *Yemen. La clave olvidada del mundo árabe* es arrojar luz sobre este gran desconocido. Esta misión no es, a nuestro juicio, sencilla, puesto que se parte de la base de un conocimiento extremadamente limitado. A pesar de ello, los autores salen airoso de la tarea. No podía ser de otra manera, si tenemos en cuenta que el libro está redactado por tres autores que se complementan acertadamente. Francisco Veiga, profesor de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Barcelona, es un reconocido especialista en los Balcanes y Turquía; Leyla Hamad es autora de la única tesis doctoral escrita en la universidad española sobre Yemen, centrada en la relación entre el Estado y las tribus; Ignacio Gutiérrez de Terán es uno de los arabistas de mayor proyección conocido no solo por sus traducciones de textos literarios medievales y contemporáneos, sino también por sus análisis sobre política contemporánea del Mashreq y el Golfo. Tal combinación permite abordar esta empresa de una manera razonablemente exitosa.

Como ocurre con otros países árabes, Yemen es un país heterogéneo desde el punto de vista confesional y tribal. Una tercera parte de su población, que se concentra en las montañas del norte, profesa el rito zaydí, una escuela de pensamiento chií compuesta por los seguidores de Zayd ben Ali, nieto de Husayn, a su vez hijo del primer imán chií Ali. En el 893, se fundó el primer Estado zaydí, que fue dirigido por el linaje sagrado de los sada. El hecho de que «cualquier candidato que cumpliera con catorce cualidades exigidas pudiera reclamar su derecho al poder por medio de la *da'wa*, la llamada a la alianza, o por medio de la lucha armada,

el *jurudj*»¹ fue un factor desestabilizador que generó numerosas disputas en torno a la sucesión, puesto que este recurso «no solo estaba permitido, sino que además era aconsejable contra los gobiernos ilegítimos y corruptos», lo que «generó una inestabilidad política crónica».² El tribalismo, muy arraigado en la región, se acentuó, ya que «los imanes eran incapaces de mantener su autoridad durante largos periodos de tiempo y necesitaban establecer alianzas tribales para preservar sus dominios y su poder».³ Igualmente, la guerra civil librada en Yemen del Norte en la década de los setenta robusteció el fenómeno tribal, dado que, «tras ocho años de financiación saudí y egipcia, prácticamente todas las tribus salieron del conflicto muy reforzadas tanto armamentística como económicamente», lo que les permitió influir activamente en la escena política.⁴ El propio presidente Abdul Rahman al-Iryani llegaría a afirmar, en 1978, que la República Árabe de Yemen no necesitaba partidos políticos, puesto que ya disponía de tribus.

Yemen entra a formar parte del Imperio otomano con la conquista del puerto de Adén en 1538, aunque el control de la Sublime Puerta se limitaba a la franja litoral y al comercio de café, su principal riqueza. No obstante, su presencia fue contestada por los zaydíes, que en diversas ocasiones se levantaron contra los otomanos durante la segunda mitad del siglo XVI y consiguieron arrebatarles el poder. Yemen, al igual que otros países árabes, sufrió la dominación europea a partir del siglo XIX. En 1839, Inglaterra se hizo con el estratégico puerto de Adén. Como en el caso de las guerras berberiscas emprendidas por los Estados Unidos contra las costas libias, la intervención pretendería erradicar la práctica de la piratería. La apertura del canal de Suez en 1869 no hizo más que aumentar el peso estratégico de Adén. Los británicos firmaron un centenar de acuerdos eternos de amistad y protección con los más importantes líderes tribales, lo que permitió extender su poder al interior del país con un coste mínimo.

Los dos Yémenes tuvieron una historia claramente diferenciada durante la mayor parte del siglo XX, ya que el Norte alcanzó su independencia en 1911 y estableció una monarquía ibadí que sería derrocada por un golpe militar de inspiración naserista en 1962. El Sur se mantuvo bajo dominación británica hasta 1967, tras lo cual se estableció un régimen marxista bajo el control absoluto del Frente Nacional. Ambos países se fusionarían en 1990.

La historia de Yemen del Norte arranca en 1911 con la firma del Tratado de Daan. El nuevo reino erigido por el imán Yahya «fue un Estado básicamente feudal, inmovilista y atrasado: la enésima variante del poder zaydí».⁵ Gracias a su instrumentalización de la religión consiguió extender los territorios de su reino atrayendo a las tribus locales. Para someter a los elementos más díscolos, se instituyó la *rahina* u hospedaje, por la cual se retenía a los familiares de los líderes

1 Francisco Veiga, Leyla Hamad Zahonero e Ignacio Gutiérrez de Terán (2014). *Yemen. La clave olvidada del mundo árabe*. Madrid: Alianza Editorial, p. 45.

2 *Ibidem*, pp. 53-54.

3 *Ídem*, p. 45.

4 *Ídem*, p. 142.

5 *Ídem*, p. 61.

tribales para evitar que se alzasen en armas. La pacificación interna fue acompañada del acercamiento hacia sus dos vecinos en 1934: con Arabia Saudí se firmó el Tratado de Taif, por el que cesaba una breve guerra fronteriza, y con los británicos de Adén el Tratado de Saná, por el que se establecían las fronteras. La principal riqueza del reino continuó siendo la agricultura, aunque para entonces el café había perdido por completo su protagonismo, lo que favoreció el cultivo masivo del *qat*, una planta estimulante que los yemeníes consumen compulsivamente. Pese a que el imán intentó preservar el aislamiento de Yemen, las ideologías nacionalista e islamista no tardaron en alcanzar el país. Tras el asesinato de Yahya en 1948, su hijo Ahmad le reemplazó con la difícil misión de evitar la desaparición del reino, y dejó un reguero de muerte y destrucción a sus espaldas. Tras el derrocamiento de la monarquía en 1962, el general pronaserista Abdullah Salal se hizo con el poder, pero poco después estalló una cruenta guerra civil entre monárquicos y republicanos. Los autores rehúyen las simplificaciones al advertir que no puede explicarse «el alineamiento tribal en la contienda civil en función de las confesionalidades religiosas, por el cual las tribus zaydíes luchaban por el imanato y las chafíes por la república». ⁶ Los contendientes fueron respaldados por las dos principales potencias regionales: Egipto y Arabia Saudí, que libraron una guerra por delegación en el marco de la guerra fría que les enfrentaba. La implicación egipcia tuvo un elevado coste en términos humanos y económicos, puesto que se saldó con la muerte de más de 25.000 efectivos y medio millón de dólares diarios. No solo eso, sino que además dejó desprotegida la península del Sinaí. Como señalan los autores, «la derrota ante Israel [en la guerra de los Seis Días en 1967], combinada con la larga y sangrienta guerra de Yemen, había desbordado ampliamente la capacidad militar egipcia, dejando al Estado al borde de la ruina y a los ciudadanos aplastados por la larga lista de impuestos y recortes». ⁷

Yemen del Sur siguió una dinámica muy diferente, debido a la dominación británica que motivó la irrupción de un movimiento de liberación nacional que no dudó en emplear las armas para alcanzar la independencia. La guerra de los Seis Días aceleró la evacuación británica del país, que se produjo el 28 de noviembre de 1967, 130 años después de la toma de Adén. La construcción del Estado moderno no iba a ser sencilla, sobre todo si tenemos en cuenta que tenía «una economía precapalista, agrícola y de subsistencia y la sociedad era esencialmente tribal, rural y en un alto porcentaje analfabeta». ⁸ La emergente República Democrática Popular de Yemen se aproximó a la Unión Soviética y a China e instauró una economía socialista. El sector petrolífero fue nacionalizado y la reforma agraria permitió que los latifundios se repartieran entre el campesinado. Al mismo tiempo se apostó por la universalización de la educación, aunque solo el 30% de la población fue alfabetizado. El régimen evolucionó «desde un movimiento socialista revolucionario hasta convertirse en un verdadero partido leninista de vanguardia». ⁹

6 *Ídem*, p. 141.

7 *Ídem*, p. 93.

8 *Ídem*, p. 111.

9 *Ídem*, p. 120.

Como era previsible, las Fuerzas de Defensa Populares adquirieron un claro protagonismo no solo en el terreno militar, sino también en el político. En medio de golpes y contragolpes, el Frente Nacional cedió el protagonismo al Partido Socialista Yemení. Las tensiones en su seno provocaron un conato de guerra civil en 1986 que evidenció el colapso de la República Popular Democrática de Yemen.

El presidente Ali Abdullah Saleh, que había alcanzado el poder en Yemen del Norte en 1978, fue el verdadero artífice de la reunificación de Yemen del Norte y del Sur por el Tratado de Saná de 1990, una operación facilitada por el desmoronamiento de la Unión Soviética que dejó al vecino sureño sin ningún valedor. Esta unidad no fue entre iguales, puesto que el Norte disponía de 11 millones de habitantes y el Sur tan solo de 2,5, aunque en su territorio se encontraban los yacimientos petrolíferos. Saleh aprovechó la nueva coyuntura para instaurar un régimen fuertemente presidencialista en el que retenía todo el poder: «La política clientelar permitía recompensar y comprar lealtades».¹⁰ Además, situó a sus familiares y aliados en posiciones clave, reforzó a las fuerzas armadas y creó una guardia pretoriana que dejó en manos de su hermano.¹¹ Otra de sus medidas fue la tribalización del ejército para situar a miembros de la tribu sanhan en puestos de responsabilidad. Para resistir la fuerte presión de Arabia Saudí, Saleh decidió acercarse al Iraq de Saddam Husein, una decisión que tendría un elevado coste, puesto que Riad expulsó a 800.000 trabajadores yemeníes de su territorio, lo que provocó un grave problema humanitario y, también, motivó el descenso de las remesas, que representaban un 20% de los ingresos del país. La fallida secesión del Sur en 1994 acrecentó aún más el poder de Saleh y su clan familiar-tribal. A mediados de los noventa, la tribu sanhan ocupaba el 48% de los puestos políticos relevantes y el 70% de empleos públicos, lo que convirtió al presidente «en un gran jeque, una versión republicana de los antiguos imanes».¹²

Para perpetuarse en el poder, el presidente Saleh no dudó en establecer alianzas contra natura aproximándose a los movimientos islamistas. Las elecciones de 1993 evidenciaron su creciente apoyo, puesto que el Islah quedó en segunda posición con el 21% de los votos tras el oficialista Congreso General del Pueblo. La formación estaba dirigida por el jeque Abdullah al-Ahmar, líder de la Confederación de Tribus Hashid, que a su vez erigió redes clientelares con parte de las tribus yemeníes. En 1994, se enmendó la Constitución para que reconociera a la *sharia* como la fuente de toda legislación. Pero la mayor amenaza para la seguridad nacional la representó Al-Qaeda, que en el año 2000 atentó contra el destructor norteamericano USS Cole. Como señala el libro, «Yemen contaba con innegables ventajas para convertirse en la base principal de Al-Qaeda: su situación geoestratégica facilitaba las operaciones en dirección al Cuerno de África o el Sahel y amenazaba Arabia Saudí».¹³ En consecuencia, el país se «convirtió en “tierra de aprovisionamiento”, lo que incluía los conceptos de “retaguardia estratégica”, “base

10 *Ídem*, p. 160.

11 *Ídem*, p. 153.

12 *Ídem*, p. 170.

13 *Ídem*, p. 184.

logística” y “reserva” en general, incluso espiritual». ¹⁴ Tras los atentados del 11-S y la invasión de Afganistán, los drones norteamericanos lanzaron una campaña de ejecuciones extrajudiciales de elementos yihadistas con resultados desiguales. Precisamente el avance de Al-Qaeda y la extensión del salafismo, así como el abandono de las zonas montañosas norteñas, explican el levantamiento de los huzíes a partir de 2004. Su objetivo sería «expandir la doctrina zaydí y recuperar su identidad por medio de la enseñanza religiosa». ¹⁵ Para deslegitimar sus reivindicaciones, Saleh les acusó de conspirar con Irán. En todo caso, «los intentos de Saleh por instrumentalizar la insurgencia huzí en beneficio de sus objetivos políticos y los del régimen no hicieron sino complicar todavía más la situación internacional del país». ¹⁶ En sus primeros cinco años de conflicto, el enfrentamiento entre los huzíes y el gobierno central provocó la muerte de 25.000 personas y el desplazamiento forzado de otras 150.000.

La Primavera Árabe, que arrancó en Túnez y Yemen, acabó por contagiar a Yemen. A pesar de las profundas diferencias que guardaban estos tres países, también compartían ciertas similitudes. El asfixiante autoritarismo y la corrupción generalizada del régimen se unía a la falta de libertades públicas. Durante sus tres décadas de presidencia, Saleh se convirtió en «el máximo redistribuidor de la riqueza y el poder y su innovación real consistía en la capacidad de crear las categorías y los criterios para el reparto: familiares en sentido extenso; determinadas tribus; unidades o mandos de las fuerzas armadas; el *milbus* o mundo de los negocios del ejército; ciertos estamentos de la comunidad religiosa; grupos afines al islamismo». ¹⁷ Todo ello estalló con una movilización popular que le obligó a abandonar el poder, lo que creó un vacío que ha sido aprovechado por los huzíes, las tribus y Al-Qaeda para tratar de impulsar sus respectivas agendas.

El politólogo Fred Halliday afirmó que, «si no conoces Yemen, no conoces el mundo árabe». Aunque la frase pueda parecer excesiva, lo cierto es que este país no ocupa una situación tan periférica como pudiera parecer dentro del sistema árabe ni tampoco es una excepción dentro de sus dinámicas políticas, económicas y sociales. Este libro, con sus comprensibles altos y bajos, resultado de haber sido redactado a seis manos, traza un acertado retrato de los cambios y transformaciones registrados en Yemen en el curso del último siglo. Es, por lo tanto, una lectura indispensable para todos aquellos que pretendan comprender en toda su complejidad la región más olvidada del mundo árabe: la Península Arábiga.

Ignacio Álvarez-Ossorio, Universidad de Alicante

14 *Ídem*, p. 185.

15 *Ídem*, p. 203.

16 *Ídem*, p. 210.

17 *Ídem*, p. 171.